

LOS LIBROS ABIERTOS

REFERENCIA: Luis Weckmann, *Panorama de la cultura medieval* (Colección 'Manuales Universitarios'), UNAM. México, 1962; 192 páginas, 41 ilustraciones fuera de texto.

NOTICIA: El doctor Luis Weckmann es profesor de la Facultad de Humanidades (Escuela de Historia) y autor de diversos trabajos de historia medieval. Se graduó en 1949 con una interesante tesis sobre *Las bulas alejandrinas de 1493 y la teoría política del papado medieval*, que luego editó el Instituto de Historia. Se ha ocupado en el análisis de las pervivencias medievales introducidas en América por la conquista española y en la recopilación documental y estudio de *Las relaciones franco-mexicanas*. Es alto funcionario en la Secretaría de Educación.

EXAMEN: Este libro —conviene subrayarlo desde el principio— es un *manual* universitario; apenas tiene 200 páginas. Imposible, pues, analizarlo como si fuera una obra ambiciosa y exhaustiva. Pero el profesor Weckmann es un buen conocedor de la Edad Media europea y un excelente maestro, y ha escrito este *Panorama* consciente de sus apretados límites editoriales y cuidadoso de su utilidad. Y ahí están sus virtudes fundamentales: brevedad, utilidad, rigor, que no es poco. A estas páginas puede uno asomarse con gran confianza; hay en ellas una base a partir de la cual el profesor Weckmann puede completar una muy valiosa historia de las ideas en la Edad Media. Y aquí viene nuestra primera objeción a su obra: no es un *panorama cultural*; es una historia de los ideales de la Edad Media, del pensamiento religioso, filosófico, estético, jurídico y científico del medievo. No se busque en este libro la exposición causal de esos ideales; nada se dice del régimen feudal como cultura económica; no se exponen las características del régimen de propiedad de la tierra ni las peculiares circunstancias en que se desarrollaron las relaciones de servidumbre y vasallaje; falta —y ello es fundamental para entender la Edad Media— el señalamiento del paso de la economía doméstica cerrada (natural, ruralizada, con un mercado raquítico y un comercio constreñido) a la economía abierta, dineraria, en la que el comercio amplió extraordinariamente el repertorio de mercancías, y la vida se enriqueció ante un amplio abanico de posibilidades. El siglo XIV está apenas tratado, y es un siglo fundamental, revolucionador de los ideales y de la cultura toda. Del siglo XIII al XIV va lo que de Berceo a Juan Ruiz. El doctor Weckmann nos brinda una Edad Media que evoluciona de San Agustín a San Gregorio Magno, de Pedro Abelardo a Santo Tomás, de Bacon a Dante, de un modo un tanto cuantitativo, lineal. En su propósito de hacer un texto eficaz, útil, manejable, el autor ha sacrificado una dimensión interpretativa que hoy día es ya imprescindible aun en los niveles más elementales. Y por último —*last but not least*—, al exponer en el capítulo XX el desarrollo de "las lenguas y literaturas vernáculas durante la alta Edad Media", el doc-

tor Weckmann reduce indebidamente el alcance de su libro y pasa por alto —junto a atinadas y breves caracterizaciones de las iniciales literaturas francesa, inglesa y alemana— la evolución de las lenguas romances en la península ibérica, suponiendo que "es demasiado bien conocida entre nosotros para que haya necesidad de presentar un esquema en este breve ensayo". Ello es grave. Primero porque es falso que "nosotros" conozcamos demasiado bien la literatura medieval española, y segundo porque, si nosotros la pasamos por alto por bien conocerla, y otros (franceses, ingleses, etcétera) apenas —hoy día— se ocupan de ella engolfados en lo propio, vamos a acabar porque sea desconocida para todos. ¿Cómo olvidar al Arcipreste de Hita, el poeta más genial de la Edad Media después del Dante, en un panorama cultural de esa época? Y esta exclusión nos parece ajena al propio sentir del autor, pues el libro se inicia con una buena introducción sobre La Edad Media en México, en la que se defiende muy inteligentemente la tesis de que la Conquista trajo a América una concepción medieval del mundo (escolástica, mística, novela caballeresca, auto sacramental) nacida en España y persistente en la Península, cuando todo el mundo se abría a muy extensos horizontes.

Y terminamos como empezamos esta nota: no debemos olvidar que se trata de un manual, y que, con seguridad, ninguno de estos reproches hubiéramos podido hacer de mediar cien páginas más. Las tendrá —estamos seguros— en sucesivas ediciones, y será un libro excelente.

CALIFICACIÓN: Muy bueno.

—F. A.

REFERENCIA: Paul Westheim, *La cerámica del México antiguo*. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1962. 57 pp. + 102 ilustraciones.

NOTICIA: Otros libros del mismo autor son: *Arte antiguo de México*, *El grabado en madera*, *La escultura del México antiguo*, etcétera. En el presente volumen se estudian las características de la cerámica del México prehispánico, que se desarrolló durante un periodo aproximado de dos mil años.



EXAMEN: El autor se propone estudiar la cerámica principalmente desde el punto de vista artístico. En las primeras páginas destaca la bondad del material empleado por los alfareros; aunque frágil, el barro cosido es capaz de resistir durante años a la acción nociva de los efectos climáticos, y a otros factores que afectan a materiales aparentemente más duraderos, como los metales, la madera y los tejidos. La cerámica puede permanecer enterrada durante cientos de años sin que pierda su color ni su estructura; por esto ha sido un valioso auxiliar de la arqueología para determinar la cronología de los pueblos prehispánicos; tan ricos en cerámica, y que, por otra parte, carecían de alfabeto.

El barro no sólo servía para la fabricación de vasijas, sino para crear una infinidad de figuras humanas, de animales y dioses. En su decoración se empleaba una gran variedad de procedimientos, y revelaba la gran imaginación creadora de los artesanos para dar forma plástica a los símbolos religiosos; la religión y la magia dominaban casi toda la actividad espiritual de los indígenas, y los mitos eran la fuente de su temática.

Había una tendencia a no repetir los mismos colores, formas y dibujos; pero cada cultura tenía sus modelos característicos y aunque los artesanos introducían de continuo nuevos elementos, evitaban apartarse de la tradición. Variaban los detalles, pero nunca los patrones básicos ni los principios de su ornamentación. A pesar de todo sus obras tenían el sello de la originalidad; por ser verdaderos artistas lograban la espontaneidad dentro de los moldes de la tradición.

La cerámica indígena no perdió su vitalidad a través de los años; lo mismo tienen vitalidad las obras de la época arcaica que las del periodo clásico; el único adelanto del último sobre la primera es de carácter técnico y de habilidad para modelar el barro y decorarlo; pero ya en la época arcaica se construían formas capaces de despertar la admiración de cualquier artista moderno. Si bien se podría objetar a este arte una falta de "individualidad" en el sentido que ahora se entiende, y que ciertas figuras precolombinas se repitieron de manera obsesionante, hay que tener en cuenta que el concepto de individualidad entre los pueblos prehispánicos no estaba tan arraigado como entre nosotros; pero últimamente este concepto está siendo modificado, se empiezan a aceptar ciertos modelos "básicos" y patrones plásticos que se adaptan a las necesidades del grupo.

Algunos de los problemas plásticos que hoy tanto nos apasionan, y que aún se discute sobre ellos, en cierto aspecto ya habían sido resueltos por los artistas prehispánicos, quienes sólo tomaban la realidad como punto de partida, y material con el que alimentaban a su imaginación. En unos casos dominaba lo figurativo; pero en otros la imaginación se desbordaba en las formas, o se simplificaba en soluciones geométricas. Cuando el arte era predominantemente representativo, no imitaba con servilismo a la naturaleza, sino que idealizaba las figuras y las adaptaba a conceptos plásticos preconcebidos.

CALIFICACIÓN: Valioso.

—C. V.